~~1066~~
3848

La Novela con Regalo

10 cts.

UNA BOMBA

por Carmen de Burgos (Colombine)

Año II
Núm. 4

Año II 27 Enero 1917 Núm. 4

La Novela con Regalo

REVISTA SEMANAL LITERARIA

Todos los SÁBADOS publicará una novela INÉDITA

= Director: VICENTE FERRER SANTACATALINA =

COLABORADORES FIJOS

Jacinto Benavente.—Jacinto Octavio Picón.—Palacio Valdés.—Joaquín Dicenta. Vicente Díez de Tejada.—Pío Baroja.—Miguel de Unamuno.—G. Martínez Sierra.—Manuel Linares Rivas.—Ricardo León.—Pedro Mata.—Eduardo Zamacois.—Cristóbal de Castro.—Carmen de Burgos (Colombine).—Concha Espina de la Serna.—José Francés.—Antonio de Hoyos y Vinent.—Juan Pérez Zúñiga.—Rafael López de Haro.—Prudencio Iglesias Hermida.—Eugenio Noel.—Pedro de Répide. Emilio Carrere.—Augusto Martínez Olmedilla.—Luis de Tapia. Benigno Varela. Diego San José. Federico García Sánchiz.—Emiliano Ramírez Argel.—Vicente Fe Castell.—Ramón Gómez de la Serna.—Luis Esteso.—Bernardo Morales San Martín.—Carlos Fernández Ortuño. Luis Antón del Olmet.—Fernando Mora y Andrés González Blanco.

La semana próxima publicará :: EL DESVIO por VICENTE DÍEZ DE TEJADA

Números publicados

N.º 1.—DON JUAN, por Jacinto Benavente.
N.º 2.—LA HERENCIA, por Joaquín Dicenta.
N.º 3.—AMPARITO, por Eduardo Zamacois.
N.º 4.—LA MANO DEL AHORCADO, por Luis Esteso.
N.º 5.—LO INESPERADO, Carmen de Burgos (Colombine)
N.º 6.—BAJO OTRAS PATRIAS Y OTROS CIELOS, por Prudencio Iglesias Hermida.
N.º 7.—AQUEL DIA EN QUE MORRAL..., por Benigno Varela.
N.º 8.—POR UN COLLAR DE DIAMANTES, por Diego San José.
N.º 9.—LOS OJOS EN LA NOCHE, por Antonio de Hoyos
N.º 10—¡POR LA SANTA CAUSA!, por Luis Antón del Olmet.
N.º 11—LA PAZ DEL HOGAR, por Pedro Mata.
N.º 12—¡A LA FUERZA!, por Rafael López de Haro.
N.º 13—NUMERO EXTRAORDINARIO.
N.º 14—LA VIRTUD SE PAGA, por Eduardo Zamacois.
15—UN RINCÓN DE LA FLORIDA, por Fernando Mora.

Prohibida la reproducción del texto y grabados. Imp. «La Gutenberg», Valencia

A nuestros lectores

Primeramente damos las gracias a nuestros favorecedores, al público en general que nos honra leyendo LA NOVELA CON REGALO, la única revista de esta índole que publica trabajos literarios que pueden ser leidos desde la persona más honesta hasta la más pervertida. Ambas quedan satisfechas por las lecturas que servimos; esto es, lecturas educativas y moralizadoras, a la par que entretenidas e ingeniosas.

De todo esto nos congratulamos y repetimos que nos llena de satisfacción el favor que nos sigue dispensando el público todo. Y en segundo lugar, advertimos a ese público distinguido que LA NOVELA CON REGALO, como puede convencerse por el presente número, no ha dejado de publicarse, como afirman malos y desaprensivos intencionados, y no dejará de publicarse mientras nuestros lectores sigan favoreciéndonos como hasta la fecha lo ha hecho. Lo ha hecho de forma que han quedado satisfechísimas y colmadas nuestras esperanzas. No blasonamos de haber agotado la importantísima tirada de ningún número (siempre se blasona de lo que en realidad no es cierto); pero como decimos antes, la tirada es importante, pero el número de ejemplares también es lo suficiente para no dejar de publicar LA NOVELA CON REGALO.

miembro de su ilustre familia, entre cuyos ascendientes hubo más de un jurisconsulto célebre.

Salió del salón, después de haber besado la mano del abuelo, de la madre y de la tía, con paso tardo y lento, seguido de la mirada tierna de los dos primeros y de la ojeada de desconfianza y recelo de la última. Apenas hubo caído la cortina detrás de él, tuvo un movimiento de sacudida, de huída, de escapada, de liberación. Era como si aquel gran salón, con su enorme chimenea, sus cortinones viejos de damasco de lana, los butacones y las sillas de doble tapicería, la gran consola, con candelabros dorados y la severa mesa ministro cubierta de libros, que no dejaban olvidar la personalidad literaria del abuelo, le acongojaran, le pesaran materialmente sobre los hombros, dificultándole el respirar.

Atravesó el pasillo, cuya mullida alfombra no dejaba resonar el ruido de sus pasos, y entró en el comedor. Era éste otra estancia grande, solemne, con los altos aparadores de nogal cargados de loza y cristalería, entre los que brillaban las fuentes y los cubiertos de plata. La gran mesa cuadrada, cubierta con tapete de paño color castaña, en cuyo centro campeaban las armas de la familia, las grandes sillas de cuero, con alto respaldo y clavos de bronce alineados a lo largo de las paredes y sobresaliendo entre ellas el sillón frailero, que parecía perpetuar allí la presidencia del abuelo.

Apenas alzó el portier, otro, colocado enfrente, se entreabrió también, y asomó una cabecita pequeña, graciosa y picaresca, que parecía oculta allí de un modo raro.

—¿Volverá mi tía Manuela?—preguntó el joven en voz baja.

—No.

La tía Manuela era la última que dejaba el comedor, después de asegurarse de que cada cosa quedaba en su sitio y de cerrar bien todos los armarios y encargar que apagasen las luces.

Aquellas horas eran el descanso para los criados, que

podían cenar y charlar un rato sin miedo a la aparición de la buena señora, incansable siempre y siempre alerta y vigilante del buen orden, aseo y economía de la casa.

Cuando se acababa la cena y pasaban todos al salón, ella se hacía un deber no faltar, debía compartir con don Leandro, su padre, la tarea de hacer los honores como hija primogénita—circunstancia que siempre había hecho sentir a Dolores, la hermana menor—, que además no estaba tan en su casa como ella, que jamás se había casado ni tenido novio, absorta en el culto y la veneración del padre. El casamiento de su hermana le parecía a ella como una pequeña traición. Había vuelto después de viuda, sin dinero ni recursos, a instalarse allí con Juanito. Había que atenderla y hacerla respetar. Era, al fin y al cabo, una hija de don Leandro Morán, el ilustre exministro, expresidente y exdirector de todas las sociedades, ateneos y corporaciones en que la política influye sobre la ciencia, las artes y la literatura, para dar los primeros puestos a esos hombres, levantados sobre el pedestal de gacetillas y de elogios que les teje el interés servil de los otros.

Aquel coro de adulaciones en torno del padre había hecho crecer en ella y en toda la familia la veneración con una especie de agradecimiento por la parte que en su exaltación les tocaba, y toda la familia estaba en la adoración de un fetiche, de un ser extraordinario, para cuyo servicio se había hecho todo.

Don Leandro era el primero en creer en su importancia. Escribía todos los meses un par de cuartillas, que corregía, hacía copiar y volvía a corregir y rehacer durante los otros treinta días. Su correspondencia, copiosa y halagüeña, le servía para leer a sus amigos las frases de consideración, admiración y adulación que constantemente le dirigían.

Después de la cena pasaba al salón con toda solemnidad. Allí se sentaba cerca del fuego y doña Dolores le leía la prensa, que él escuchaba dormitando. Ella tenía el cuidado de no

leerle más que lo que le podía agradar, pues desde hacía varios años, el anciano se indignaba, gritaba y se congestionaba con las opiniones subversivas de la prensa, de aquella prensa que a fuerza de llamárselo lo había hecho ilustre. Ahora, otros valores más vivos venían a sustituirle. El, con todo su prestigio, tenía que ir a ver a los amigos que ocupaban sus antiguos cargos y que lo recibían con una mezcla de consideración y miedo. Le estaban obligados por la influencia legendaria que conservaba dentro del partido y podía ser decisiva en un momento dado, pero le tenían más miedo por aquellos interminables discursos, en voz solemne, campanuda, y su fraseología inacabable. Más de una vez conseguía su pretensión por el terror que sentía un ministro a un director general a su visita.

Sin embargo, ellos también iban a verlo, y de vez en cuando le hacían la tertulia en su salón, donde jamás se les obsequiaba más que con la lectura de algún párrafo de don Leandro.

Manolita pasaba la hora después de la cena de pie, apoyada en la chimenea, haciendo una labor de crochet a fin de conservar su delgada esbeltez, que le daba un aire elegante; un cuerpo alto y recto, que tenía a orgullo decir que le parecía al de la Reina regente.

Ellas eran las dos únicas personas de la familia a quienes se les había hecho habitual aquel ambiente. Formaban parte del salón y todos tenían la seguridad de encontrarlas colocadas cada una en su sitio, como todos aquellos retratos de las paredes, en deaguerreotipia al óleo y al pastel, que pregonaban la alcurnia de la familia. Eran como una ejecutoria de nobleza las figuras de aquellas damas con trajes antiguos y peinados inverosímiles, inmovilizadas en una postura incómoda, de gran espectáculo, sabiendo que se retrataban para la exposición y quedando como si fuesen muñecas, sin expresión ni alma; y todos aquellos caballeros, de gran etiqueta, enguantados unos, con uniforme otros, los más con birretes

o cruces y algunos con alegorías de su importancia o su sapiencia. El retrato de don Leandro se había sobrepuesto y ocupaba todo el testero, con su uniforme de ministro, puesto de pie frente a su sombrero, que ocupaba la mesa de patas torneadas en que estaba apoyado, como si fuese a firmar un pergamino en blanco.

Los otros parientes no tenían entrada allí; casi nadie los conocía ni preguntaba por ellos.

Algunos sobrinos, en buena posición, los visitaban de vez en cuando y se les invitaba a comer en las grandes solemnidades.

A los otros más pobres, entre los que se contaba una hermana viuda y dos nietas, se les invitaba sólo en la intimidad y en Pascuas o cumpleaños. Don Leandro les solía enviar de regalo algún retrato o una cajita de bombones.

Manolita y Dolores, por su parte, les regalaban los sombreros viejos y las ropas inservibles, que ellas tenían que aceptar para no indignar a las buenas señoras, aunque al llegar a su casa las arrojasen al trapero.

Bien es verdad que para ir a casa de don Leandro tenían siempre que vestir las ropas más modestas para no exponerse a los regaños por su despilfarro o por su falta de seriedad.

Mientras Juanito fué pequeño, las dos mujeres gozaron en prodigarle los cuidados obligados para con los niños. Lo enseñaban un ratito al abuelo, que se conmovía acariciando la cabecita infantil; pero apenas llegado a los siete años, las cosas cambiaron. Se le buscó un ama seca, la vistieron de azul y le confiaron el cuidado del niño, que había de vigilar y acompañar a la escuela.

Ahora, Manolita censuraba a Dolores y se censuraba a sí misma la debilidad de no querer separarse del muchacho para ponerlo interno en un convento de frailes, que son los que saben domarlos bien.

El ama seca lo había acompañado hasta el Instituto, y gracias a que no le obligaban a ir con ella a la Universidad.

Estaba ya hecho un zagalón de dieciocho años, y para el abuelo, la tía y la madre seguía siendo aún el niño pequeño. Se sentaba a la mesa y permanecía silencioso, sin que se le consintiera entrometerse ni dar sus opiniones, y bien temprano había de retirarse a estudiar. Jamás salía de casa más que para ir a sus clases o un ratito en las tardes de domingo, que ellas necesitaban libres para dar un paseo por el Retiro o para acudir a sus Juntas y obras piadosas.

El muchacho parecía una niña que andaba de acá para allá en la casa, buscando la ocasión de que no lo vieran para charlar con las criadas o con la costurera, cosa que había de hacer a hurtadillas, porque aquellas familiaridades les parecían a las señoras como faltas graves al buen tono y la distinción, y suerte que todos los regaños y reprimendas no transcendían por el temor de molestar al abuelo en la tranquilidad de su adormecimiento.

II

El estudiante.

De mal grado consentía Juanito las burlas de sus compañeros, al ver que no podía salir de noche ni faltar a las horas de comer.

El quería disculparse con lo excepcional de su familia.

Era un nieto de don Leandro Morán. Se sorprendió de la indiferencia con que algunos le repitieran:

—¡Ah! ¡Eres nieto de Morán!

—Está ya muy viejo el pobre—dijeron otros.

—Es un hombre que ha valido bastante—enunciaron varios que repetían las opiniones dadas por los padres en la sinceridad de lo íntimo de la casa.

Había entre sus compañeros muchos con apellidos ilustres, hijos, nietos, sobrinos y parientes de hombres importantes, y todo aquello no les impedía jugar, hacer escapatorias y diabluras. A veces, el hijo de un ministro era el primero en unirse a sus compañeros para censurar la labor reaccionaria de su padre o discutir sus órdenes.

Todos gozaban una libertad que él no tenía. Se sentía entre ellos como almohecido, como viejo, como si lo tuviesen guardado en una cueva con olor de humedad. Parecía el tonto, sin saber hablar de nada; sin conocer ni de nombre a las actrices o las bailarinas célebres; sin tener amores con una modistilla, una figuranta del Real o una corista de la Zarzuela.

Los compañeros llevaban retratos de bellas muchachas ligeras de ropa y libros divertidos, que leían entre carcajadas a la hora de repasar las lecciones; y él lo veía todo embobado, alelado, aguantando bromas y matraca.

Cuando intimó más con algunos de ellos, le prestaron aquellos libros y lo llevaron a donde estaban aquellas muchachas que daban los retratos.

Cada día buscaba un pretexto para ir más tarde a su casa, y cuando no tenía más remedio que volver, sentía que se le oprimía el corazón. Aquel ambiente, aquel aire que respiraba allí, era distinto del de la calle. Parecía que había aire de siglos pasados almacenado en la casa. Se respiraba mal y se sentía entristecido, como fatigado, desde que penetraba en el gran portalón, en donde paseaba el portero de librea y patillas blancas, bajo la luz mortecina del farol de hierro. La escalera, con alfombra roja, invitaba ya por sí sola a subirla despacio; no era de esas escaleras que se suben corriendo y se bajan a saltos; tenía ya la solemne pesantez de toda la casa.

Por fortuna sus libros lo distraían. Se metía en la cama a estudiar, dejando la puerta abierta, y hasta la una, hora en que le era obligatorio apagar la luz, se sumergía en la lectura

de sus novelas. Si alguna noche la madre o la tía, al ir a acostarse, en la última ronda nocturna abrían su puerta, lo hallaban con el libro en la mano, y como gracias al espejo del armario de luna y a la aspereza de los goznes advertía su presencia, lo oían murmurar el principio de una de esas lecciones de Derecho que saben de memoria todos los estudiantes y que les parecía la prueba de una gran aplicación.

Lo malo fué que la vieja criada encontró un día uno de sus libros en el bolsillo de la americana y se lo entregó a doña Manolita.

¡Aquellas cosas en su casa! ¡Una novela de Insua! ¡Una portada que al mismísimo demonio se le podía ocurir, aquella mujer enseñando las piernas!

El disgusto fué tremendo. Las dos mujeres entraron en la habitación, le recogieron todos los libros y los retratos, y como aquello ya era demasiado grave, los llevaron al abuelo, que se quedó con ellos para apreciar mejor la gravedad del delito antes de hacer su auto de fe.

Lo castigaron severamente y durante toda la vacación estuvo sin salir a la calle; lo obligaron a confesar y lo martirizaron con invectivas y reticencias. El abuelo no quiso perdonarlo ni admitirlo a su mesa hasta que después de reiteradas instancias le concedió que besase su mano.

Durante aquel encierro en la casa, se fijó por primera vez en Conchita la doncella. Doña Manuela gustaba de elegir las doncellas finitas, de aspecto delicado, que rimaran con la aristocracia de la casa y que no dieran ese aspecto plebeyo que ponen en el ambiente esas criadas chulas y vistosas, o esa brusquedad de los paletos y los sirvientes ordinarios.

Jamás se había preocupado de la belleza. No pensó nunca en una comparación entre ellas y sus criadas, que eran de otra casta.

Tampoco pensó en que los hombres pudieran abusar de la belleza o de la juventud de las chicas. Su padre estaba

más allá de toda tentación sexual; el cochero, Roque, el ayuda de cámara, y el portero, eran unos ancianos. En cuanto al sobrino, aún no se le había ocurrido pensar que era un hombre.

La excesiva severidad había sido contraproducente. El joven sintió una irritación sorda, y por un espíritu de protesta experimentó como una venganza dulce en aquel idilio con la doncella, que era como la profanación de la propia casa, de las ranciedades, de las gazmoñerías, de las carnes viejas de los otros y hasta como una violación de las damas de los retratos.

III

La criada.

Se había alumbrado para él la obscuridad de la casa con aquellos amores. Concha era delicada, linda, con ojos claros y semblante inocente. No podía dudar de que lo amaba, de que había hecho una verdadera conquista y que él era el primer hombre que gozaba los favores de la muchacha.

Quizás el abandono en que estaba el joven había despertado el cariño de la doncella. ¡Era tan bueno el señorito! ¡Debía aburrirse tanto entre todas aquellas solemnes estantiguas! Por fortuna, ella era la criada preferida; la única a quien la señorita Manolita (hubiera sido gran ofensa llamar señora a la soltera) honraba con su confianza y le entregaba los cuidados de su tocador. Ellas no se bañaban nunca, ni se ponían pinturas, como las mujeres que se estiman en poco; sólo una capa de un centímetro de polvos blanco y rosa, que no se consideran como pintura. Su gran coquetería era la esbeltez de su cuerpo, y consentía que Concha le diera el masaje por la mañana, con jabón xodado o una composición de extracto de anémopas para evitar el empastamiento de la línea. No se recataba de hacer delante de ella la gimnasia sueca, y que la

acompañara al peluquero, al dentista y al depilador; aquellas tres visitas que ella ocultaba como delitos hasta de su misma hermana. Salía vestida de negro, toda oculta en el velo espeso, entraba en la iglesia y salía por otra de sus puertas, seguida de Concha, que había de aguardar paciente las horas interminables en que el depilador iba matando uno a uno aquellos vellos, gordos y duros como cerdas, en que se había tornado la pelusa de melocotón de la juventud.

—Pero esto no se acaba nunca—protestaba a veces.

Y el hombre le explicaba que las señoras que se arrancan los vellos con pinzas todas las semanas, creen que son los mismos arrancados los que nacen, cuando tardan cuarenta días, y son todos distintos. Su estudio y su especialidad eran tan profundos, que convencía. Sacaba una porción de cajitas de cartón, llenas de todos aquellos *pelus superfluos*, como llaman las francesas al impertinente vello que las afea, y se los iba mostrando. Había allí vellos cortitos, bien atusados por su dueña con la tijera y cuya raíz tenía más de un centímetro de larga. Era como si castigados por la dueña creciesen hacia dentro. Había pelitos negros con las raíces blancas y viceversa. Aquel hombre era un confesor para nombres, pero dejaba entender. Había allí pelos de duquesas, de marquesas, de mujeres a la moda. Las más elegantes tenían la manía de la depilación. Algunas se hacían depilar el pecho, las axilas o las piernas, y todos los vellitos rizados, rubios o negros enriquecían la colección de cajitas del hábil operador. La muestra de su habilidad estaba en sus manos, muy velludas. La izquierda, al natural, tenía algo de garra de osezno, y la derecha, depilada, mostraba la piel unida, tierna y rosada de un adolescente. En las falanges llevaba la piel curtida por el uso de la navaja para mostrar la diferencia entre la electricidad y el afeitarse.

Concha contemplaba el curioso espectáculo de las mujeres perfumadas, escondidas, tapándose unas de otras, que llegaban allí.

Era imposible que doña Manolita se pudiera embellecer, y sin embargo veía que se atenuaba su fealdad con todas aquellas composturas, que hacían brillar el oro en su boca y ocultaban las canas de sus cabellos.

Inconscientemente se apoderaba de ella un deseo de coquetería. Pensaba en su juventud, en cómo todas aquellas cosas le sentarían bien a ella, y procuraba componerse y empolvarse todo lo más discretamente posible para que no lo notase, pues seguramente se hubieran escandalizado por su atavío.

Aquel amor con el señorito parecía como si la ennobleciese, como si la hiciese igual a aquellas orgullosas mujeres que la miraban desde los retratos.

—Llévame a retratarme a mí también—le dijo un día.

Juanito, para satisfacer aquel capricho, tuvo que estar ahorrando dos semanas de las cinco pesetas que el abuelo le asignaba los domingos para su gasto semanal de tranvías y cualquier otra necesidad, y que él gastaba en el tabaco, que había de tomar a hurtadillas, o en llevar al cine y obsequiar con flores en verano, y con castañas asadas en invierno, a alguna modistilla o alguna niña de la clase media, de esas que pasan por la acera de la calle de Alcalá y la Puerta del Sol a la *hora de los pellizcos*, deseosas de pescar un novio.

Todavía de vez en cuando solían decirle:

—Pero cómo despilfarra este muchacho el dinero, si no tiene en qué gastar.

¡Pobre de él si un día llegaba tarde! Entonces tenía que comparecer ante el alto tribunal del abuelo y escuchar una filípica de tres horas.

Precisamente ahora estaban más contentas con él. Muchos domingos no salía, y las buenas señoras, que el domingo se iban de tertulias y juntas, no advirtieron que coincidía su estancia en la casa con los días en que no le tocaba salir a Concha.

Aquellas tardes eran las deliciosas para los dos amantes.

El cochero tenía que ir a llevar a las señoras, la criada se marchaba temprano, el ayuda de cámara se había de estar sin moverse del antedespacho por si el señor necesitaba algo.

Los dos jóvenes solos triscaban por la casa; Juanito sacaba sus papeles y sus cartas de debajo del ladrillo, donde los tenía ocultos, y los dos repasaban aquellos libros y aquellas figuras, que les hacían terminar sus lecturas como Francesca y Paolo.

La muchacha había sisado algún fiambre y algún vino para la merendilla, que se tomaban bien en el cuarto de Juanito, bien en el comedor. Se sentían tranquilos, libres, felices, seguros; el abuelo, en la paz del domingo, se moría de aburrimiento en su despacho y no oía nada.

Los días que le tocaba salir, él se iba antes, la esperaba y juntos se escapaban a ocultar su dicha en alguna casa de amores tránsfugos, que se llena con la concurrencia de criaditas los días festivos.

La joven tenía buen cuidado de que fuera una compañera a buscarla y decir que la acompañaba su madre a la vuelta. Siempre habían de perder una hora en ir a la *Doctrina,* con cuyo pretexto esquivaba el cuidado maternal y embobaba a sus señoras, que se hacían lenguas de su modosidad y su virtud.

Los días de entre semana los pasaban entretenidos en mil ardides, que aumentaban su amor con el fogoso deseo de verse.

La joven dormía en el mismo cuarto que la vieja criada, despierta toda la noche con su catarro crónico, que hacía imposible todo intento de evasión.

Se encontraban furtivamente en todos los momentos en aquel comedor, cuando Juanito fingía estudiar para no dormirse en la paz de su cuarto. Aquel comedor silencioso, severo, se iluminaba para los dos amantes. El le ayudaba a poner la mesa, abrazándola cada vez que le daba un cubierto o un plato. Ella daba vueltas a su alrededor, mientras él fin-

gía leer. Llegaba por la espalda, le acariciaba la cabeza y lo llenaba de besos.

Pero siempre habían de estar con el oído avizor; más de veinte veces habían estado a punto de ser sorprendidos. Un rumor de pasos les hacía correr, separarse, deshacer su grupo amoroso, con una listeza y un dominio de sí mismos admirable. Sólo un día, al huir la muchacha se le enganchó la punta del mantel y rompió todas las copas. Por suerte no había invitados y eran las copas de vidrio, porque las grandes comodidades se guardaban para cuando se pudiesen lucir.

A pesar de eso, la ira de las señoras fué inaudita; él se tuvo que contener para sufrir la serie de insultos que propinaron a la pobre Concha, castigada a ahorrar de su modesto sueldo para voverlas a comprar.

--No por el valor, sino por el ejemplo—como decía la tía.

El escándalo fué tan grande que se enteró el abuelo. ¿Lo aprobó? No pudo saberlo, porque permaneció callado, impenetrable, con aquel silencio que sabía guardar cuando se hacían comentarios sobre la política, aquel silencio al que debía sin duda una gran parte de su fama de sabio, y en cuyo fondo vacío veían sus amigos un mundo de pensamientos profundos, un arcano.

Sin embargo, Juanito creyó ver en esta ocasión que el viejo miraba a Concha con demasiada ternura y que aconsejaba demasiado la paz.

La verdad era que la muchacha, asustada, temblorosa, con los ojos enrojecidos, estaba muy hermosa.

¡Qué de buena gana le hubiera secado los ojos a besos!

Y tuvo que esperar hasta el domingo siguiente.

¡Bien se desquitaron!

Le compró una blusita muy linda, muy descotada, con volantes de gasa y mentas de colores. Se hizo hasta tres fotografías: dos, ella sola, y una en grupo, con las cabezas juntitas, mirándose; fotografías de recién casado. El fotógrafo la miraba lo mismo que el abuelo.

IV

El retrato.

¡Estaba tan linda, tan linda!, que Juanito llevaba el retrato entre el forro de la cartera. Parecía una verdadera señorita tímida, graciosa, con su aire delicado y señoril. Ella se había colocado en una actitud noble; tal vez pensaba en una ampliación de aquel retrato para decorar un salón. Sin duda había influído en ella la colocación solemne de las damas linajudas de los retratos. Se parecía a una de sus bisabuelas, que era rubia, pálida y frágil. Tenía una expresión como ella. Las comparaba y la hallaba igual si exceptuaba las manos y los pies.

Las manos y los pies echaban a perder el retrato. Estaban como hinchadas bajo los guantes. Más bien parecían peleles llenos de broza que piel de Suecia plegada alrededor de una mano. Los pies resultaban grandes, chatos, anchos, y la deliciosa piernecita, nerviosa y flexible a la vista, tenía en la fotografía un tobillo ancho y plebeyo, insoportable.

El quería enseñar el retrato a los amigos, y aquellos pies y aquellas manos se lo impedían. Era preciso recortarlo. Estuvo muchos días haciendo pruebas de colocar encima redondelitos de papel, buscando la manera de suprimir las extremidades sin perjudicar al traje. Al fin lo logró, y quedó tan bien que aquella tarde enseñó el retrato a sus amigos de la Universidad.

La belleza de Concha tuvo un éxito.

—¿Quién es?—preguntaban casi todos.

El, después de la burlona respuesta de estudiante avispado:

—Se ha mudado.

Les decía que era su novia, una rica novia provinciana que le había proporcionado su familia para perpetuar el apellido Morán. Todos los discípulos lo felicitaban y le envidiaban su felicidad.

Su amor propio satisfecho se desbordaba de pasión por Concha. ¿Por qué no había de casarse con ella? Con pocas lecciones haría un gran papel en el salón del abuelo. Nadie tenía necesidad de saber qué había sido antes de ser su esposa. Miraba ahora con cierto recelo los retratos de sus ilustres abuelos. Acaso, ¿alguno de sus nobles antepasados habría pensado igual que él? Se fijaba detenidamente a ver en qué pintura se habían suprimido los pies y las manos.

V

El donativo.

Aquel domingo no podían salir. Las señoras estaban ocupadas en reunir los objetos para la venta de caridad de la marquesa del Riebar.

Ellas se pagaban mucho de ver que las aristócratas más empingorotadas contaban con su cooperación. Se las buscaba para todas las obras benéficas, se solicitaba su concurso en todas las Juntas y Sociedades. Siempre que los periódicos traían la reseña de actos solemnes, como reparto de premios, apertura de concursos o exposiciones, ellas aparecían en los retratos «Las señoritas de Morán». El nombre del padre dominaba de tal modo, que la madre de Juanito, la señora viuda de Gutiérrez, era también para todo el mundo una señorita de Morán.

Pero el ilustre Morán era económico. El había ganado su

fortuna trabajosamente en su juventud, pues de su padre no heredó más que un nombre ilustre, sin una sola peseta.

Tuvo suerte de casarse con una millonaria de provincias, una de esas jovencitas que se dicen *de buena familia*, cuyo abolengo nadie conoce y que quedan envueltas en la sombra cerca del marido.

Don Leandro empezó a tener familia, tan numerosa, que temió que no fuese bastante la fortuna de su mujer ni su buena suerte en la política y se impuso la estricta economía que llegó a ser en él un hábito. Su presupuesto era inalterable. No se podía pasar en una sola peseta el límite fijado, que imponía de un modo tiránico. En cada estación un traje completo a cada hija, y un abrigo cada dos años. No había que contar con más, y si antes se rompían las botas, había que echarles medias suelas.

Sobre los ya esquilmados presupuestos, habían de ahorrar Dolores y Manolita para sus compromisos. Era corriente que no tomasen principio los criados o que no les alcanzase el vino o el pan.

Sin embargo, los criados le eran fieles, lo aguantaban; tal vez por esa vanidad de los criados de casa grande, que parecen compartir la gloria de los amos y que lo aguantan todo de ellos porque lo esperan todo.

Así, aquellas ocasiones en que había que contribuir con largueza a las obras, para las cuales las damas dan donativos, las de Morán se veían en grave apuro.

Concha revolvía desde por la mañana cajones, armarios y arcones para buscar objetos apropósito para el donativo. Las dos hermanas, sentadas en sus butacas, iban examinando todas las cosas que la muchacha les iba presentando.

—Está todo tan esquilmado—decía Manolita como una disculpa ante sí misma—. Hemos hecho ya tantas obras de caridad.

El primer impulso había sido irlo rechazando todo. Después, cuando ya no quedaba nada en el fondo de los arma-

rios, empezó una nueva revisión para ir seleccionando y apartando cosas de las deshechadas.

—No creas—decía Dolores—, cosas como estas hemos visto en la venta del año pasado. No es el valor del objeto, sino la intención.

—¿Te parece que enviemos este vestido de baile, que fué de la pobre mamá?—preguntó Manolita—. Yo no quisiera desprenderme de él, pero para una obra de caridad...

—Tienes razón. Dios nos pagará el sacrificio.

—Apunta. «Traje de gro, con encajes chantilli y paillete». La verdad es que está en buen estado. Es una tela antigua que no se pasa con un cuchillo, y reformándolo...

—Mira, también están ahí mis sombreros de color. No me los he puesto desde que me quedé viuda, y yo no he de vestir más que de negro. Tienen cosas buenas, reformables.

—Sí... «Sombrero de castor y terciopelo con penacho de plumas de avestruz». «Pastora de paja de Italia con margaritas azules».

—Muy bien. ¿Tenemos ahí estuches de alhajas vacíos, Concha?

—Sí, señoritas.

—Trae. Mira. Están en buen estado. No les faltan más que las joyas. Algunas no tendrán donde guardarlas.

—Díctame.

—«Estuche de raso y terciopelo rojo, con incrustaciones de nácar». «Estuche de dedal de plata en madera de ébano perfumado». «Estuche de collar de perlas, en seda blanca».

—¡Ah! Muy bien. Añade esa butaquita dorada de mi gabinete. No nos podemos sentar, pero no se le conoce que tiene la pata rota y hace buen papel. Dicta.

—Butaquita dorada...

—No, no; los muebles tienen un estilo... ¿Cómo se dirá?

—Marquesita... de...

—De nada... No vayas a nombrar alguna... Ya sabes lo

que nos contaron de Irene Rosado... Dijo que se iba a vestir a la *Pompadur*, y esa *Pompadur*... No era una señora seria.

—Bueno, pon: «Marquesita antigua...»

—¡Que se crean que es vieja!

—Borra antigua. «Marquesita dorada, tapizada de seda azul, bordada en colores y con fleco de plata».

—Así. Yo creo que hay bastante. Léelo todo reunido y verás como resulta bien para el periódico.

—Escucha:

«Traje de gro con encajes de Chantilli y paillete.»

«Sombrero de castor y terciopelo con penacho de plumas de avestruz.»

«Pastora de paja de Italia con margaritas azules.»

«Estuche de raso y terciopelo rojo con incrustaciones de nácar.»

«Estuche de dedal de plata, en madera de ébano perfumado.»

«Estuche de collar de perlas, en seda blanca.»

«Marquesita dorada, tapizada de seda azul, bordada en colores y con fleco de plata.»

—Admirable. Resulta un envío muy rico, suntuoso. Ya verás qué porquerías y que vulgaridades envían algunas.

—Esto es hasta poético, ¿verdad? Sedas, plumas, perlas, nácar.

—¡Ya lo creo!

—Prepáralo todo, Concha, para llevarlo a la marquesa. Nada más que dejarlo y venirse; nada de propinas.

—¿Propinas la marquesa? Es demasiado *chic* para eso.

—Pero no está mal el advertirlo, ¿verdad?

—Sí, señoritas.

—Vuelve a guardar todo eso bien. Esas faldas de barro y ese sombrero más estropeadillo habrá que regalárselo a nuestras sobrinas. Si te portas bien, aunque no sea tan bueno, ya habrá algo para ti también estas pascuas. Eres una buena muchacha.

—Gracias, señoritas.

Las dos señoras salieron de la habitación, y apenas el semblante de la joven tomaba una expresión de burla, contenida tan largo rato ante las ridiculeces de las buenas señoras, las oyó volver.

—Trae la nota—dijo doña Dolores; y Manolita, que llegaba detrás, añadió, dirigiéndose a la hermana:

—Hay que ponerlo bien claro. No haya confusión. Haz la letra grande... grande... que se lea bien.

«Donativo de las señoritas de Morán.»

VI

La comida.

Juanito estaba ya desesperado. Otro día de fiesta sin dejar salir a la muchacha. Era una ocurrencia que tenía pocas veces don Leandro la de celebrar los días de su hermana, convidándola a comer con los demás de la familia en casa. Se iban a juntar en la mesa hasta doce, con las nietas y los otros parientes. De vez en cuando se complacía en su papel de patriarca para recibir el homenaje de la familia. Era un espectáculo edificante aquella reunión en torno de la mesa. Esto le acasionaba un gusto grande, que se podía permitir ahora porque había realizado un buen negocio.

Toda la familia estaba contenta de esta fiesta y todos se apresuraban a acudir. Era conveniente estar bien con el jefe de la familia, atraérselo y gozar de su favor por lo que pudiera ocurrir.

Aquel acontecimiento familiar traía atareadísimos a todos. Se tardó muchos días en hacer el menú.

—¿Cocido?

—No. Eso no es elegante.

—Pero somos tantos.

—Se guarda el caldo de la sopa del día anterior y se hace un puré.

—¿Después?

—Unos pastelillos con la carne del cocido y besamela.

—Sí. Eso viste y es económico.

—Un pescado.

—Besugo al horno.

—Bien pensado.

—Entrada.

—Son ya muchos platos.

—Un asado.

—Chuletas.

—Se necesitan cinco kilos.

—¿Entonces?

—María la del jardinero nos va a regalar dos pavos.

—Pues se asan y con ensalada rusa...

—Déjate de rusa... Necesita la mar de cosas. Lechuga fresquita.

—¿Y qué dulce?

—Al papá se le puede poner crema; para los otros, arroz con leche.

—Sí, poniendo bastante canela resulta.

—Claro, y tenemos uvas y granadas en la despensa.

—Siempre es un postre más.

—¿Pensaste en los vinos?

—Valdepeñas bueno.

—Digo a los postres.

—Sirve también. Los hombres pueden tomar café y una copita de benedictino.

—No. Mejor carmelita. ¿No te da gusto de ver el Corazón de Jesús grabado en la botella?

—Parece de agua bendita. Tiene algo de santidad.

—Así no hay miedo de que el alcohol entre en la casa; lleva la bendición de Dios.

—Como que debían estar prohibidas todas esas bebidas inmundas que nos envenenan la sangre. Es admirable como trabajan estos pobres religiosos por acomodarlo todo a la mayor gloria del Señor.

Aquella noche de sobremesa se sometió el menú a don Leandro. Este lo leyó, lo releyó, pareció meditar.

—Está bien... Un poco excesivo... Un poco vulgar.

Se ofendió Manolita.

—¡Vulgar! ¡Pues qué echas de menos!

Se atrevió a hablar Juanito:

—Podías poner *ordubres*... langosta... truchas y champignones.

—¿Dónde sacas tú todo eso?—gritó la madre furiosa—. Todo franchute... tonterías. ¿Dónde lo has visto? ¿Francachelas con amigotes?

—No, mamá, en el menú de Palacio.

Estas palabras convencieron a Manolita.

—Algo podría hacerse... con un poco más de gasto.

Inquietose a su vez don Leandro.

—No hay que hacer caso de los muchachos... Está todo muy bien... yo les daré un puro de los que me han regalado y ya van bien despachados.

Fueron días de tarea aquellos de sacar las cosas del arca. Los manteles, amarillentos de no usarlos; las cucharas enmohecidas. En uno de los arcones, los ratones habían destrozado una parte de aquella ropa de mesa, casi tradicional, que se guardaba para las solemnidades.

Concha lo comentaba con su amante, que, aprovechando la difícil *toilette* de las señoras, le ayudaba a poner la mesa.

—Te digo que me he alegrado—decía ella traviesa—. Hay que ver la cara que puso tu tía. Y todo por no tener un gato. Dice que los gatos son inmorales... y que no pueden estar donde hay señoritas...

Juanito, sin escucharla, la apretaba contra su pecho.

—Juanito, demonche... Me vas a hacer romper algo... y si nos descubrieran...

—Qué—interrumpió él, audaz y desafiador con sus caricias.

—No era nada. En una casa en que no se consiente que amen los gatos.

VII

Celos.

—Estoy que rabio. ¿Sabes? Estoy que rabio—exclamó Concha empujando la puerta de su alcoba en el momento en que Juanito metía el pie entre las sábanas.

El joven se quedó sorprendido en la figura poco airosa en que lo encontraba su amada.

—¿Qué te sucede? ¿Cómo te atreves a venir?

—¿Se molesta el señorito?

—No te entiendo.

—Sí... hazte de nuevas. ¡Claro! Yo, al fin y al cabo no soy más que una sirvienta. ¡Tonta de mí que había creído otra cosa!

Y la joven se dejó caer en la silla, llorando con desesperación.

Juanito acudió a ella.

—Concha, alma mía, ¿qué tienes?, ¿qué te pasa? ¡Nos comprometes! ¡Te juegas nuestra felicidad! ¿Qué tontería es esta?

—Tontería. ¿Te crees que soy ciega? Toda la noche cuchicheando con la primita; ¡y que es hermosa la niña! Más tonta... La hubiera arañado... y ella: —«Concha, tome

usted este plato. Concha, tráigame usted agua»—. Estuve tentada de echársela por la cabeza.

El joven se sintió feliz. Aquellos celos de Concha, que había notado la predilección de la primita, alhagaban su vanidad.

—No seas tonta... Yo te quiero a ti... no hago caso de nadie...

—Sí... sí...—repuso la muchacha más calmada por las protestas de su amante—. Lo han notado todos. Tu madre le decía a doña Manuela: —«Matilde se propone casar a mi hijo, pero no estoy por el gusto... Juanito es un muchacho de porvenir y hará una buena boda...»—. ¡Ji! ¡ji! ¡ji! ¡Ya ves!... Te quieren casar.

—No seas tonta, mi vida.

—A mí me despedirán el mejor día... Cuando les parece poco su sobrina.

—Me iría yo contigo...

Y los dos jóvenes, olvidados de todo, dejaron pasar las horas.

Se oyó una voz al fondo del pasillo.

—¡Concha! ¡Concha! ¿No te has acostado?

Era la vieja cocinera, su compañera de cuarto.

La muchacha escapó de entre los brazos de Juan.

—Voy... No grite... Me estaba desnudando y me sentí enferma... estoy muy mala...

Y la otra, que acostumbrada a tomar sus copitas de aguardiente y mascar peregil para disimular el olor, y que había aprovechado bien la fiesta, se volvió soñolienta del otro lado.

—Estás viendo lo que son estas cosas. No se debe atracar demasiado.

VIII

El respetable.

La continuación de sus relaciones empezaba a cansar a Juanito. Verdaderamente, con Concha no se podía hablar de nada. Tenía siempre la misma cantinela de celos y temores y de las tareas de la casa. Sobre la tiranía de la familia era como una tiranía más para no dejarle libertad de nada.

Ahora, desde hacía algún tiempo, el abuelo parecía contento, animado, dicharachero. Parecía que se volvía más comprensivo, que se humanizaba más. Todos los domingos le daba un regalito extraordinario para que pudiera salir de casa, y muchas veces pagaba el teatro para que acompañara a la familia.

Dos o tres domingos, Juanito había sido fiel a Concha, pero al fin se decidió. Era ridículo guardar tantas consideraciones a una criada. El no era un viejo de los que al fin de la vida se casan con la cocinera. Tenía que salir y divertirse; bastante haría en conservarle su cariño, a pesar de todas las seducciones.

Tal vez si la muchacha hubiera tenido tiempo de hablarle, de acariciarle, de suplicarle, lo hubiera vencido para quedarse con ella y pasar una de aquellas tardes en que el silencioso comedor acogía su idilio; pero doña Manolita y su misma madre no cesaron de ocuparla un solo momento, dada la importancia que concedían a ir a un palco del Teatro Español. Nada menos que un palco principal.

Ella lo veía irse triste y silencioso, acompañando a su madre y a su tía. Les abrió la puerta y la mantuvo abierta hasta que bajaron la escalera. Él no volvía la cara. Temía sin duda su reconvención.

Sin embargo, al subir al coche, el joven no pudo resistir al deseo de levantar la cabeza. Detrás de la cortina del balcón había una figura que le pareció dolorosa en su línea imprecisa, que parecía envuelta en la penumbra y le impresionó penosamente.

No pasó la tarde a gusto. Le aburrió la función, le disgustaron los cómicos, le parecieron ridículas las señoritas. Tal vez era el tener que estar amarrado a la madre y a la tía, oyendo los comentarios, lo que le molestaba.

—Niño, ponte más atrás.

—Niño, estate derecho.

Al regresar, fué el criado el que le abrió la puerta. El dió vueltas por la casa buscando a Concha, y sin lograr verla.

Pidió agua... pretextó que no encontraba el jabón... que necesitaba pañuelos. No se atrevía a preguntar por ella.

Cuando fueron a la mesa, Concha no se presentó a servir la comida.

Su inquietud iba creciendo.

¿Qué habría pasado? Aquella noche la comida duró menos. El abuelo apenas hablaba. Aquel mutismo lo hacía más respetable. Debían ser asuntos graves que lo preocupaban. Esperaba a dos ministros y varios políticos importantes.

En cuanto se quedó solo, la inquietud de Juan no pudo contenerse. Despacio, de puntillas, llegó a la alcoba de la muchacha.

Allí acostada vestida sobre el lecho estaba Concha.

—¿Qué tienes?

Se asustó de verle la cara trastornada, pálida, y los ojos febriles.

—¿Qué te pasa?

—¿Sabes...? Estoy muy enferma—gimió ella—. Estos vómitos, este tormento del corsé... Yo no quería decirte nada... pero no puedo más... Me lo conocerán todos.

El muchacho temblaba.

—¿Qué dices? ¿Tú...?

—Yo te quiero con toda mi alma, Juan... Me van a separar de ti. Me echarán.

—No seas tonta. Si eso sucediera, no nos íbamos por eso a separar. Nos veríamos en donde estuvieras.

Ella movió triste la cabeza.

—No me querrán en ninguna parte.

—Pero ¿por qué?

Tuvo un acceso de lágrimas.

—Quisiera morirme.

El trataba de consolarla, y ella, muy bajito, muy bajito, le dijo al oído:

—Sí, Juan, sí; quiéreme mucho, porque vamos a tener un hijo.

En otro momento, tal vez aquella revelación lo hubiera anonadado; ahora experimentaba una especie de satisfacción. Era como una recompensa contra la hipocresía de la casa, contra los deseos encubiertos de todos, contra la gazmoñería y la hipocresía del ambiente.

El anuncio de aquel hijo lo hacía hombre a él. Se sentía dispuesto a arrostrarlo todo. No experimentaba ya aquel miedo que le acometía cuando su madre le decía para amedrentarlo: «Eres un ingrato que vas a matar al abuelo». Ahora se sentía capaz de poner él mismo la bomba debajo de su sillón.

IX

La explosión.

Pasaban los meses dulcemente. Habían vuelto los dos jóvenes a su idilio y a su amor. El tenía como un agradecimiento de la muchacha, que estaba más interesante con su

palidez, sus ojeras y la voluptuosidad muelle del talle que se empezaba a desformar, a pesar del tormento que se imponía con el corsé y el disimulo para ocultar aquella deformación.

No quiso atajar aquello. En sus conversaciones se mezclaba un nuevo ser. Lo sentía palpitar bajo su mano al acariciar a su amante, y ni ella ni él se preocupaban del tiempo que corría.

Ellos se decían siempre: «Hay que tomar una resolución». Y les parecía que con el sólo propósito estaba ya todo conseguido.

Una noche, los gemidos de la muchacha pusieron en movimiento la casa. Gemía, se retorcía, se revolcaba presa de dolores atroces. ¡Era un cólico miserere aquello! El criado corrió a buscar al médico de la casa de Socorro.

Dos horas después, un robusto muchacho atronaba la casa con sus vagidos. La bomba había explotado.

Doña Manolita estaba escandalizada. Era como un atentado a su propio pudor, a su propia carne, a toda su inocencia y su virginidad arraigada.

Doña Dolores se había desmayado. ¡Era posible que su hijo diera lugar a aquello! Parecía que hasta los objetos de las vitrinas estaban deshonrados. Aquel escándalo se sabría, se hablaría de ello. La vecindad habría escuchado los vagidos de un recién nacido en la respetable casa de Morán. Quién sabe de quién pensarían mal. De ellas, del abuelo quizás; la gente es mala y acoge lo peor. Las pobres señoras no se daban cuenta de su edad.

En su enojo no habían querido ver a Juanito, ni al chico, ni a la madre. Era preciso reunirse la familia y resolver en la intimidad; que no se enterasen los otros parientes. Precisamente aquellos días menudeaban más las visitas y una serie de preguntas insidiosas: «¿Qué tenéis?» «¿Qué os pasa?» Ellas no dejaban de recibir; que todo el mundo las viera. Hubo alguna que llegó a preguntar por Concha y a decir: «¿Y por qué la habéis despedido?»

Aquel hijo indigno las ponía en ese trance. En cuanto Dolores pudo levantarse, tuvieron la reunión en el gabinete del abuelo. Manolita, dada la gravedad del asunto, no pudo dejar de asistir, aunque su doncellez inmaculada tenía que sufrir al oir hablar de aquellas cosas.

Pero la vida se imponía; la vida era más fuerte que todos. Frente a todas las teorías estaba allí el chico, rollizo y coloradote. Aquel chico era un Morán, un sobrino y un nieto natural.

La resolución fué de gente honrada y sensata. Concha se marcharía, un esfuerzo pecuniario para evitar el escándalo y a Juanito se le haría entrar en razón.

Sobre todo, era preciso hacer que el abuelo no se enterara. No podía el señor Morán, con su aire de Júpiter tonante, perdonar tamaña ofensa en su hogar por el nieto que tan piadosamente había acogido. Por el vástago último de su ilustre familia.

Fué Dolores la que tuvo que hablar con su hijo. Una escena violenta, en que se le hizo comprender al joven toda la gravedad del asunto. ¿Quería que su familia fuese el ludibrio de todo Madrid? ¿Quería tirar su vida a la calle? ¿Era capaz de trabajar para mantenerse él, su madre y su familia con el decoro que el nombre de Morán requería?

Aquellos razonamientos anonadaban a Juanito. Había una fuerza de autoridad en la madre, en el medio, en las costumbres, en el egoísmo que día tras día habian ido creando en él, que lo vencía. El, que se creía rebelde, distinto, se sentía ahora unido a ellas de un modo indisoluble.

—¿Qué debo hacer?

—Negar a toda costa que el chico es tuyo. Sólo a ese precio se le podría perdonar y el abuelo no sabría nada. Ningún hombre bien nacido reconocía un hijo de sabe Dios quién. Además se le daría dinero a la muchacha, que se quedaría muy contenta. Por una paradoja entre sus razones

prácticas, doña Dolores mezclaba razones sentimentales de su amor maternal.

Juanito estaba vencido. Hizo promesa de callar, de negar su paternidad, de olvidar su devaneo, de hacer que no trascendiese la aventura. A ese precio el abuelo no se enteraba; se acallaría el escándalo y todo seguiría como antes.

En cuanto pudo andar, Concha salió de la casa entre las sombras de la noche, llevando a su hijo en brazos, sin que nadie la acompañara ni la despidiera.

No se volvió a hablar más del asunto; pero desde aquel día se había operado un cambio en la situación de Juanito. Se le había dado una beligerancia. El estaba seguro de que el abuelo lo sabía todo y de que todos, inconscientemente, tenían una complicidad que los unía.

Ya era el *señorito*, en lugar de el *niño* de la casa. Hablaba alto, discutía, reprendía a las señoras y a los criados y se contaba en todo con su opinión.

Un día, en los postres de la comida, el abuelo le dió uno de aquellos puros roñosos y descascarillados que guardaba de regalos antiguos para obsequiar en las solemnidades o pagar algún favor. Era darle su espaldarazo y admitirlo como un hombre hecho y derecho.

Las mujeres, por su parte, tenían con él esas atenciones que ellas acostumbran a tener con los hombres de la familia, en esa especie de servidumbre femenina que los considera como los dueños y en las relaciones caseras las obliga a servirlos y atenderlos. La misma madre le prestaba aquella pleitesía, y la tía Manolita solía hacerle algún dengue o arrumaco, y mirarlo con una mezcla de respeto y curiosidad.

En el fondo de todo aquello había una camaradería, una complicidad, un valor entendido, del que sabía aprovecharse para hacer la vida alegre, licenciosa y libre de sus camaradas.

Se le había dado la llave del portal y nadie averiguaba la la hora en que volvía a casa, ni nadie tocaba los libros del señorito.

Su liberación era completa. Una transformación brusca y tardía del chiquillo en hombre.

Ya era el hombre digno de su familia, capaz de guardar las conveniencias de respetar el nombre ilustre de Morán.

Se sentían todos unidos en aquella comunidad de intereses tan compactos y tan inmutables.

FIN

ADMINISTRADOR DE «LA NOVELA CON REGALO»
Vicente Pastor, Victoria, 11, pral.--Valencia

Papel del texto fabricado exprofesamente por
La Papelera Española
Papel cubiertas por la fábrica de LUIS LAYANA

PIRIPITIPI

Revista quincenal ilustrada de espectáculos y actualidades

Precio: 10 cénts.

En los números publicados ha insertado las reseñas de las obras siguientes:

N.° 1 Maruxa.
» 2 D. Juan Tenorio.
» 3 Sybill.
» 4 En Sevilla está el amor.
» 5 El haren.
» 6 Las Golondrinas.
» 7 La Generala.
» 8 El nido del principal.
N.° 9 Diana Cazadora.
» 10 Las princesitas del dollar
» 11 (dedicado a las «Fallas»).
» 12 Carceleras.
» 13 El barbero de Sevilla.
» 14 Juegos Malabares.
» 15 La Ciudad Alegre y Confiada
» 16 Las Musas Latinas.
N.° 17 El asombro de Damasco

= Lea V. la sugestiva colección

¡¡VIVA LA GRESCA!!

Consta de 10 tomos publicados.

Precio: 20 cénts. tomo

¡CHARLOT! - -

= = SEMANARIO FESTIVO

Número suelto: 10 céntimos.

Atrasado: 20 céntimos

Lea V. todas las semanas "La Unión Ilustrada" Semanario de información gráfico-mundial.

Unico de su índole en la Región Andaluza. 20 céntimos en toda España.

Lea usted **"La Unión Mercantil"** Diario de intereses generales de Málaga. 5 céntimos.

JUANITO Revista semanal dedicada a los niños. Publicará cada semana un cuento ilustrado con bonitos grabados. Portada a dos tintas. PRECIO: 10 cts.

Representante exclusivo de las mencionadas revistas en Valencia: D. VICENTE PASTOR, Victoria, 11, pral.

GRAN TALLER DE FOTOGRABADO

CASA EDITORIAL SEGUÍ

Historia de las Naciones.—Popular, concisa, pintoresca y autorizada relación de cada una de las naciones. Se publica por fascículos al precio, cada uno, de 2 rles.

Enciclopedia Ilustrada Seguí.--Diccionario Universal, con todas las voces y locuciones usadas en España y la América latina, comprendiendo, además, extensos artículos de: Agricultura, Arqueología, Arquitectura, Bellas-Artes, Biografías, Botánica, Comercio, Derecho, Dramática, Filosofía, Física, Geografía, Heráldica, Higiene, Historia Universal, Industria, Marina, Mecánica, Medicina, Milicia, Música, Pintura, Política, Química, Religión, Zoología, etc., etc. Contiene también todas las equivalencias en FRANCÉS, INGLÉS e ITALIANO, del léxico castellano y de la inmensa mayoría de voces de la técnica moderna.

Se publica en cuadernos de dieciséis grandes páginas a tres columnas cada una, con un promedio de 300,000 letras por cuaderno, constituyendo la riquísima colección de láminas que se van publicando un monumento a las artes gráficas contemporáneas; cada lámina equivale a cuatro páginas de texto.

Precio de cada cuaderno. . . . . 0'50 ptas.

Precio por tomos lujosamente encuadernados:

Tomo I (dos volúmenes) letra A.—Completa..	55'00	»
Tomo II, letra B.—Completa	40'00	»
Tomo III, íd. C.—CA.	30'00	»
Tomo IV, íd. C.—CB-COO.	32'00	»
Tomo V, íd. C.—COP-CHY	35'00	»
Tomo VI, íd. D.—Completa.	32'00	»
Tomo VII, íd. E.—Completa.	36'00	»
Tomo VIII, íd. F.—GAZ..	35'00	»
Tomo Diccionario francés-español..	30'00	»

Puede adquirirse a pagar a plazos; a cinco pesetas al mes, se entregan los tomos I y II: a diez pesetas, cuatro tomos y a quince todos los publicados.

Representante en Valencia: VICENTE PASTOR.—Victoria, 11, pral.

Vicente Pastor, Victoria, 11, pral.--Valencia

Papel del texto fabricado exprofesamente por

La Papelera Española

Papel cubiertas por la fábrica de LUIS LAYANA